

Prólogo

He aquí una obra necesaria. Necesaria para quienes deseen conocer qué fue, qué es y, tal vez, qué será la ACdP. Y necesaria también para todos aquellos que, por unas u otras razones, estén interesados en saber la historia contemporánea de España. Porque en no escasa medida la historia ya centenaria de la Asociación es, al propio tiempo, la historia de España.

La historia de nuestra nación que, como las de todos los pueblos, tiene sus luces y sus sombras. Es, igualmente, parte de la historia de la cultura española. Puesto que nadie puede negar que la cultura del catolicismo español de los últimos tiempos está fundamentada en dos instituciones religiosas, en dos movimientos, distintos sin duda, pero que de alguna forma, casi inevitablemente, han llevado a cabo tareas semejantes en el ancho campo de la cultura, tanto religiosa como civil. Me refiero, fácil es adivinarlo, al Opus Dei y a la Asociación Católica de Propagandistas.

La ACdP apareció, por designio de la Providencia, en el momento en el que debía aparecer. Cuando la situación del catolicismo español lo exigía imperiosamente. Cuando las circunstancias políticas, sociales, económicas y de toda índole hacían imprescindible un impulso, unas obras y unos hombres que revitalizasen en España el pensamiento y la presencia de los católicos en la vida pública de la nación.

Ya desde León XIII, pero muy especialmente después del Vaticano II, un deber, a un tiempo histórico y religioso, se ha impuesto al cristiano católico: el de romper abiertamente,

definitivamente, con la mezcla de fideísmo e integrista o fundamentalismo. Porque como expone magistralmente Laín Entralgo, el hombre de hoy, el cristiano del siglo XXI, responsablemente abierto al saber, ha de adoptar una actitud intelectual solvente ante, al menos, dos problemas antropológicos: la historicidad de la especie humana y la aceptación o el rechazo del concepto de naturaleza humana. Pues bien, la persona que acepte consciente la religión cristiana ha de tener claro que la nuestra es, a la vez, una religión de “epifanía” y una religión de “promesa”.

En aquella, porque veneramos al Dios que se manifiesta, muy especialmente, en la majestuosidad de la bóveda celeste. En ésta, Dios es quién garantiza la verdad y la seguridad de aquello que se espera. Religión de epifanía, piénsese en el Dios del Sinaí o en la conocida sentencia de San Pablo según la cual lo invisible de Dios se nos hace de algún modo inteligible por las cosas creadas, obras del amor de Dios. Y religión de promesa, porque solo cuando el mundo acabe llegará a expresarse, total y visiblemente, a la humanidad la grandeza de Dios.

La fe es el supuesto de las cosas que se esperan, dice otra sentencia paulina. Para el cristiano, el hombre ha de ser esencialmente escatológico, es decir, orientado hacia el “eschaton” (los novísimos o postrimerías). Lo cual, como es obvio, no es un saber de evidencia, por tanto racional, sino un saber de creencia, por tanto, solo razonable.

El cristiano ha de considerar la historia del hombre, la historia de la humanidad toda, como historia “salutis”, historia de la salvación del género humano. Y es aquí, precisamente aquí, donde ha de ubicarse la ACdP.

Porque el carisma de la Asociación fue, desde su nacimiento, el servir. El servicio a todos desde la modestia, desde la austeridad. El tantas veces recordado presidente don Fernando Martín-Sánchez Juliá la reclamaba para todos los propagandistas. Como asimismo exigió la concordia, concordia entre los propagandistas y concordia entre los católicos todos.

En la ACdP, por otra parte, nunca hubo culto a la personalidad. Ante todo, lo sobrenatural. La asociación tuvo, tiene y ha de tener vocación eclesial, entendida como respuesta personal y corporativa al llamamiento divino. Y ello ha de perseguirse incansablemente, tenazmente, a través de la cristianización y la humanización de las instituciones.

El binomio acción-contemplación es nota distintiva del quehacer de la entidad. Como lo son también la sencillez, la secularidad, la romanidad, y el arma de la palabra para que, a su través, llegue a todos los ámbitos sociales el mensaje redentor de Cristo.

Cuando en los umbrales de la primera guerra mundial España puso proa hacia la modernidad cultural surgió la figura del muy joven abogado del Estado Ángel Herrera Oria. Quien, tocado por la divina Providencia, supo iniciar y poner las bases de una tarea y de una obra gigantesca. Lo fue la de difundir el pensamiento social cristiano dentro de las coordenadas de lo que hoy, unánimemente, se califica como humanismo cristiano. Y, junto a él, el jesuita Padre Ángel Ayala, hombre santo, hombre de Dios donde los haya, vencedor de toda clase de trabas y obstáculos que supo remover conciencias adormecidas en un país “sin pulso”.

El autor de este libro es el veterano propagandista Alfredo Mayorga Manrique. Doy gracias a Dios por haberle conocido y gozar de su amistad de modo inmerecido por mi parte. En Alfredo la sonrisa es una permanente forma de apostolado. Una sonrisa, cierto es, teñida de un caritativo sentido del humor.

Prólogo

He aquí una obra necesaria. Necesaria para quienes deseen conocer qué fue, qué es y, tal vez, qué será la ACdP. Y necesaria también para todos aquellos que, por unas u otras razones, estén interesados en saber la historia contemporánea de España. Porque en no escasa medida la historia ya centenaria de la Asociación es, al propio tiempo, la historia de España.

La historia de nuestra nación que, como las de todos los pueblos, tiene sus luces y sus sombras. Es, igualmente, parte de la historia de la cultura española. Puesto que nadie puede negar que la cultura del catolicismo español de los últimos tiempos está fundamentada en dos instituciones religiosas, en dos movimientos, distintos sin duda, pero que de alguna forma, casi inevitablemente, han llevado a cabo tareas semejantes en el ancho campo de la cultura, tanto religiosa como civil. Me refiero, fácil es adivinarlo, al Opus Dei y a la Asociación Católica de Propagandistas.

La ACdP apareció, por designio de la Providencia, en el momento en el que debía aparecer. Cuando la situación del catolicismo español lo exigía imperiosamente. Cuando las circunstancias políticas, sociales, económicas y de toda índole hacían imprescindible un impulso, unas obras y unos hombres que revitalizasen en España el pensamiento y la presencia de los católicos en la vida pública de la nación.

Ya desde León XIII, pero muy especialmente después del Vaticano II, un deber, a un tiempo histórico y religioso, se ha impuesto al cristiano católico: el de romper abiertamente,

definitivamente, con la mezcla de fideísmo e integrista o fundamentalismo. Porque como expone magistralmente Laín Entralgo, el hombre de hoy, el cristiano del siglo XXI, responsablemente abierto al saber, ha de adoptar una actitud intelectual solvente ante, al menos, dos problemas antropológicos: la historicidad de la especie humana y la aceptación o el rechazo del concepto de naturaleza humana. Pues bien, la persona que acepte consciente la religión cristiana ha de tener claro que la nuestra es, a la vez, una religión de “epifanía” y una religión de “promesa”.

En aquella, porque veneramos al Dios que se manifiesta, muy especialmente, en la majestuosidad de la bóveda celeste. En ésta, Dios es quién garantiza la verdad y la seguridad de aquello que se espera. Religión de epifanía, piénsese en el Dios del Sinaí o en la conocida sentencia de San Pablo según la cual lo invisible de Dios se nos hace de algún modo inteligible por las cosas creadas, obras del amor de Dios. Y religión de promesa, porque solo cuando el mundo acabe llegará a expresarse, total y visiblemente, a la humanidad la grandeza de Dios.

La fe es el supuesto de las cosas que se esperan, dice otra sentencia paulina. Para el cristiano, el hombre ha de ser esencialmente escatológico, es decir, orientado hacia el “eschaton” (los novísimos o postrimerías). Lo cual, como es obvio, no es un saber de evidencia, por tanto racional, sino un saber de creencia, por tanto, solo razonable.

El cristiano ha de considerar la historia del hombre, la historia de la humanidad toda, como historia “salutis”, historia de la salvación del género humano. Y es aquí, precisamente aquí, donde ha de ubicarse la ACdP.

Porque el carisma de la Asociación fue, desde su nacimiento, el servir. El servicio a todos desde la modestia, desde la austeridad. El tantas veces recordado presidente don Fernando Martín-Sánchez Juliá la reclamaba para todos los propagandistas. Como asimismo exigió la concordia, concordia entre los propagandistas y concordia entre los católicos todos.

En la ACdP, por otra parte, nunca hubo culto a la personalidad. Ante todo, lo sobrenatural. La asociación tuvo, tiene y ha de tener vocación eclesial, entendida como respuesta personal y corporativa al llamamiento divino. Y ello ha de perseguirse incansablemente, tenazmente, a través de la cristianización y la humanización de las instituciones.

El binomio acción-contemplación es nota distintiva del quehacer de la entidad. Como lo son también la sencillez, la secularidad, la romanidad, y el arma de la palabra para que, a su través, llegue a todos los ámbitos sociales el mensaje redentor de Cristo.

Cuando en los umbrales de la primera guerra mundial España puso proa hacia la modernidad cultural surgió la figura del muy joven abogado del Estado Ángel Herrera Oria. Quien, tocado por la divina Providencia, supo iniciar y poner las bases de una tarea y de una obra gigantesca. Lo fue la de difundir el pensamiento social cristiano dentro de las coordenadas de lo que hoy, unánimemente, se califica como humanismo cristiano. Y, junto a él, el jesuita Padre Ángel Ayala, hombre santo, hombre de Dios donde los haya, vencedor de toda clase de trabas y obstáculos que supo remover conciencias adormecidas en un país “sin pulso”.

El autor de este libro es el veterano propagandista Alfredo Mayorga Manrique. Doy gracias a Dios por haberle conocido y gozar de su amistad de modo inmerecido por mi parte. En Alfredo la sonrisa es una permanente forma de apostolado. Una sonrisa, cierto es, teñida de un caritativo sentido del humor.

Alfredo es muy consciente de que quien no sabe sonreír será incapaz de hacer apostolado fructífero. Se cuenta al respecto la siguiente anécdota: visitaba a la Madre Teresa de Calcuta un grupo de profesores norteamericanos en solicitud de un algo que les ayudase a ser mejores. Y la Madre les dijo con toda sencillez, “sonreíos mutuamente”.

Alfredo Mayorga, Maestro Nacional, Inspector de Educación y Licenciado en Ciencias de la Información por la Complutense, madrileño de pro, culto no, culto en grado superlativo escribe, como tendrán ocasión de comprobar, con garbo y amenidad. A veces, con delicada ironía. No le cuenten historias porque se las sabe todas, con puntos y comas.

Para él, el mundo de la enseñanza no tiene secretos. Es un Maestro de los de antes, de los de siempre. En suma, de los buenos. Mejor dicho, de los auténticos a quienes tanto debe la sociedad española. Con una deuda, por cierto, impagable. Absolutamente impagable aún contando con los fondos –hipótesis imposible– del Fondo Monetario Internacional e, incluso, con los del Banco Europeo. Con permiso de Frau Merkel, “of course”.

Disfruten con la lectura. Y aprendan disfrutando.

Manuel de Soroa y Suárez de Tangil
Conde de Vallellano
Doctor en Derecho
Propagandista del Centro de Madrid
Vicepresidente del Patronato
Fundación Universitaria San Pablo CEU

Presentación

Mis intenciones

“Dichoso aquel que recuerda a sus antepasados con agrado, que gustosamente habla de sus acciones y grandezas y que serenamente se alegra viéndose al final de tan hermosa fila”.

Goethe

La historia constituye un saber acumulado y unas experiencias vividas. La vida de las organizaciones e instituciones, como es el caso de la Asociación Católica de Propagandistas, así como la de los hombres y mujeres que a ellas pertenecen y sirven, viven en situación de condicionamiento y servidumbre de los avatares históricos, sociales y políticos de la época en que se desarrollan. Constituyen, sin duda alguna, su escenario, tan cambiante y circunstancial como la vida misma.

Mi intención, al escribir el presente libro, no pretende dar a luz un manual histórico, ni mucho menos un ensayo científico. Desbordaría con mucho mis posibilidades y deseos. Trata de recapitular, sintetizar, y divulgar, los puntos claves de nuestra centenaria Asociación, desde una óptica y perspectiva personal, cargada por tanto de subjetivismo.

En sus páginas desfilarán sus pretensiones y logros, así como algunos de sus principales protagonistas, los ejes vertebradores que configuran el andamiaje de su estructura y organización, sus obras y sus medios constitutivos de apostolado seglar, y, a la postre, su razón de nacer y existir.

Soy consciente de que existe el peligro de que al abordar estos temas el recuerdo y la nostalgia, siempre disolventes de la acción, como indicaba Azorín, nos hagan olvidar o dejar en un

segundo plano la perspectiva de futuro así como la conciencia de que “siempre lo más importante está por hacer”.

Jorge Boguña puntualiza al respecto:

“El hombre fracasa o muere por no renovarse, por haberse enamorado petrificadamente del pasado”.

Me siento identificado con el pensamiento de Ortega cuando señala que “todo hecho pasado aglomera un poco del pasado que sobrevive y un poco del futuro que se anticipa. Mientras el hombre tiene historia los animales permanecen en la hora cero de la historia”.

Ortega y Gasset y Zubiri coinciden en valorar el pasado histórico como motor de la vida. El primero cuando afirma: “el futuro está en cierta manera configurado en el presente” y Zubiri cuando nos recuerda en su obra *Naturaleza, Historia y Dios*, como “el pasado histórico sobrevive en la medida que está posibilitando el presente”. De aquí su valor prospectivo.

En este breve trabajo aparecerán nominados muchos propagandistas, y, como es lógico y obligado, la mayoría permanecerá en el anonimato y silencio. En realidad trato de rendir un homenaje personal a todos ellos y ello me hace sentirme identificado con el alemán Goethe cuando afirma: “dichoso aquel que recuerda a sus antepasados con agrado, que generosamente habla de sus acciones y grandezas y que serenamente se alegra viéndose al final de tan hermosa fila”.

Destinatarios de mis reflexiones y opiniones pretendo que sean mis compañeros y amigos propagandistas, los miembros de la Comunidad educativa de nuestras Obras: profesores, padres, alumnos y todo el personal vinculado a ellas y que con excesiva frecuencia desconocen lo que es y significa la Asociación de Propagandistas y su actual vigencia y compromiso.

A nivel metodológico he tratado de encuadrar los hechos, cuando ello ha sido posible, en el marco legal de las Constituciones españolas, puesto que ellas son fiel reflejo de las intenciones, tensiones, proyectos y tendencias de una comunidad humana cual es la nación española.

Algunas de dichas Constituciones nos hablarán de los tiempos inmediatos que precedieron al nacimiento de nuestra Asociación y que estaba vigente cuando vio la luz, caso de la Constitución de 1876.

La de 1931, época de la segunda República y la de “consenso” de 1978, traerán a nuestro recuerdo épocas en que la ACdP estaba en plena actividad; y con el fin de tener un pensamiento completo no solo de nuestra historia, sino también de nuestra inmediata prehistoria, bucaremos en nuestras raíces del siglo XIX, Estatuto de Bayona de 1808 y la famosa Constitución de 1812, “la Pepa”.

Ángel Herrera sintetizaría los mejores elementos de su pensamiento sobre la Asociación en la oración final que pronunció por el P. Ayala, el 22 de febrero de 1960, cuando señaló: “la Asociación se ha adaptado maravillosamente a las circunstancias. Hoy está donde estaba, y yo os digo que es la institución del momento. Lo debe ser, precisamente, por la sabia flexibilidad y adaptación de sus fines y de sus organizaciones. La Asociación es un espíritu. Ante todo y sobre todo, un espíritu, que ha encarnado en las más variadas instituciones públicas”.

Espero y deseo que mis pretensiones al intentar esta empresa se conviertan en feliz realidad y para ello cuento con vuestra generosidad y amistad.

Raíces históricas de los siglos XIX y XX

“Cada generación recibe su pasado como un patrimonio. Puede encerrarse en él negándose a avanzar, grave error, puede intentar destruirlo volviendo a la nada, error todavía más grave. Pero puede emplearlo como un capital, la parábola de los talentos y hacerlo fructificar”.

Jacobo Burchardt

Es de todo punto necesario para conocer en profundidad la realidad social y política de la época en que tuvo lugar el nacimiento de la Asociación Católica Nacional de Jóvenes Propagandistas adentrarnos en las realidades de lo que constituye su prehistoria, siglo XIX y primera década del XX. Ayala señalaría como: “el siglo XIX es uno de los más interesantes de nuestra historia y en el cual se encuentra, sin duda alguna, la clave para comprender bien la situación espiritual de España en el siglo XX”; y Ángel Herrera indica como: “La soberbia neutralidad liberal del siglo XIX desdeñó a la Iglesia como instrumento de paz social, de civilización y de progreso”¹.

Arranco mi exposición en los últimos años del siglo XVIII y principios del XIX y quizás la característica fundamental de esta época viene señalada por la existencia de una numerosa población rural, con altos índices de analfabetismo y un enfrentamiento de la soberanía popular a la que ostenta el monarca.

La revolución burguesa, que tiene lugar en Francia en 1789, trata de difundir e imponer sus criterios no solo en la nación vecina, sino inclusive en toda Europa y parte de América.

¹ HERRERA ORIA, A. (2002), *Obras Completas*. Tomo primero, Madrid, BAC. Pág. 94.

En España, la influencia de los principios revolucionarios franceses es muy acusada y se llevará a cabo, en su primera fase, a través de las Cortes de Cádiz de 1812 a 1814. Tendrá su continuación durante el trienio liberal de 1820 a 1823, y culminará entre 1823 y 1840, época que señalan los historiadores como la definitiva implantación en España del régimen liberal.

El siglo XIX en su primera mitad conoció el nacimiento en Inglaterra del movimiento sindicalista y cooperativista, mientras en Francia tiene su auge la teoría del socialismo romántico de Fourier.

Todo ello significa un cambio radical en cuanto a la concepción de la sociedad se refiere, así como de los valores en que se asienta y su jerarquía temporal. Se va en busca de una nueva estructura de la sociedad con un claro predominio y fundamento en la economía, con un más justo reparto de los beneficios del trabajo, de la educación y la cultura y un despegue del mundo obrero en la lucha por conseguir elevar su situación dentro de la sociedad.

El siglo XIX, fruto y consecuencia de la revolución francesa, ha sido considerado como la época burguesa por excelencia. Burguesía industrial y financiera que permite a todos riqueza y orden, pero que comienza a ser gravemente cuestionada desde 1848, en que la pujanza que comienza a adquirir el proletariado divide a la sociedad occidental en dos clases antagónicas.

Estatuto o constitución de Bayona de 1808

Como anteriormente hemos indicado, la revolución de 1789 condicionará de forma muy marcada la vida política española, y tanto la Constitución estadounidense de 1787 como la francesa de 1791 influyen de manera directa en la filosofía en que se asienta el constitucionalismo español. El